

El mariscal olvidado

El entierro del mariscal Yukof ha sido discreto y sencillo, lejos de los honores a que su gloria pasada le hubiese hecho merecedor; discreto y sencillo había sido, unos años antes, el entierro del hombre que le destruyó políticamente, Krutchev. Yukof, había dicho Krutchev, era un «bonapartista», es decir, alguien bajo cuyo uniforme podía haber una túnica de emperador. Era el resumen de otras acusaciones más graves.

El mariscal Yukof —su nombre suele escribirse en los medios españoles «Zhukov» o «Joukov», por una transcripción de los caracteres cirílicos hecha a través de otros idiomas y por lo tanto sin la aproximación prosódica castellana— había tenido toda la gloria; demasiada gloria. Tal vez la del bonapartismo. Era soldado a los diecinueve años, cuando comenzaba la guerra mundial y coronel a los veinticuatro cuando, en 1920, terminaba la guerra civil con la derrota de los generales blancos Denikin y Yudenich, después de la de Kolchak, cuando los aliados europeos levantaban el bloqueo. Fue el favorito de Stalin. A los cuarenta años era general, ascendiendo rápidamente por un escalafón vacío por las depuraciones, las desgracias, las prisiones de otros militares de los que podía sospecharse la posibilidad de un golpe de Estado; de aquellos que eran menos consistentes políticamente —Yukof era militante del partido desde 1917— o de los que en la guerra de España habían podido tener excesivo contacto con los trotskistas o con algunas formas de corrupción.

Esta confianza en Yukof no era mala desde un punto de vista militar. Cuando el joven general tuvo que acudir a la frontera de China donde los japoneses podían entrar en territorio soviético (1938), fue capaz de detener-



LA TERCERA MUERTE DE YUKOF

los. Era una guerra encubierta, no declarada: escaramuzas fronterizas y riesgos de infiltración. Yukof supo poner en orden las fronteras y demostrar que el territorio soviético no era en absoluto permeable, como el de China.

Yukof era entonces una pieza utilísima en el mecanismo de reconstrucción militar emprendido por Stalin. Saliéndose de las normas previstas por Trotski de «Ejército del pueblo», Stalin construía un ejército profesional, jerarquizado, burocratizado (en el

que entonces era el buen sentido de la expresión), o sea, capaz de proceder con orden y organización más que con intuición y entusiasmo; la disciplina había vuelto a ser la espina dorsal del Ejército, lo era el espíritu de cuerpo y desaparecían los «consejos de soldados»: todo lo que había dado un resultado excelente en la revolución y guerra civil le parecía a Stalin peligroso en el momento en que el enemigo que se cernía sobre él no era ya el demoralizado y corrupto Ejército

zarista, sino la Wehrmacht recreada por Hitler sobre unas bases muy parecidas a las de Stalin. Este era el sentido de la depuración —la «purga», en el lenguaje de los historiadores occidentales— y la razón profunda de que se desprendiese así de los militares que habían combatido en España y que podían estar contagiados de nuevo de la idea de «ejército del pueblo». Yukof era esencial en este cambio: aunque salido del Ejército del pueblo compartía enteramente los puntos de vista de Sta-

lin sobre el Ejército profesional. En 1939, el Ejército soviético contaba con cuatro millones de soldados y con un presupuesto de 40.000 millones de rublos; durante el curso de la guerra, se multiplicó por diez el número de soldados, y su presupuesto era prácticamente el de toda la nación. Es muy probable que pudiera hacerse así por las previsiones de Stalin.

Fue en este Ejército en el que Yukof alcanzó toda su gloria: fue él quien contuvo el ataque ale-

mán sobre Moscú, él quien planeó la batalla de Stalingrado, que probablemente fue el acontecimiento decisivo de la victoria de la segunda guerra mundial; y él quien entró en Berlín y quien, en nombre de su país, recibió a los generales alemanes que ofrecían la rendición incondicional. Yukof fue así mariscal y la primera gloria militar de su país, recogiendo en sí mismo todas las hazañas épicas del nuevo Estado, desde las de la revolución y la guerra civil hasta las de la victoria sobre el nazismo.

Y fue entonces cuando Stalin decidió prescindir de él. Caben todas las interpretaciones: desde la de los celos personales de quien no quería compartir el triunfo con nadie hasta la del puro capricho, pasando una vez más por la política de Stalin de siempre: apartar del poder a aquellos que pudieran tomarlo fácilmente. Y Yukof fue alejado de Moscú y su nombre desapareció poco a poco de los periódicos y de los libros. Cuando se le citaba, aun sin omitirle epítetos, se decía siempre: «Yukof, a las órdenes de nuestro gran Stalin...», o «Yukof, siguiendo la inspiración de Stalin...».

Pero Stalin murió en marzo de 1953, y Yukof emergió de sus lejanas guarniciones de semiexilio. Se formó un nuevo Gobierno, presidido por Malenkov: el mariscal Yukof aparecía ya como viceministro de Defensa. Sería ministro en 1955 con el Gobierno de Nikolai Bulganin. Y miembro suplente del buró político, y luego, miembro titular en 1957.

En 1956, Krutchev había pronunciado la famosa requisitoria contra Stalin en el XX Congreso del Partido. Y había pronunciado las palabras de coexistencia pacífica. Ni un tema ni otro agradaron a todos: hubo unos movimientos políticos contra Krutchev, y en junio de 1957 una votación en el seno del Comité Central contra Krutchev. Este no la consideró válida: sería preciso convocar al Comité Central en pleno para que la destitución tuviera efecto. Yukof, sin duda inquieto por sí mismo porque un regreso del stalinismo podría significar su propio regreso al olvido del que había conseguido emerger, colaboró estrechamente con Krutchev para sacarle de esta dificultad. El pleno del Comité Central se pudo celebrar gracias a él: los aviones militares llevaron a Moscú a todos los miembros del Comité Central, con los que Krutchev suponía que podría obtener la mayoría necesaria, en plazo válido. Y cuando el Comité se reunía, Yukof aseguró que el Ejército entero estaba junto a Nikita Krutchev y podía evitar que otros tomasen el poder (los «otros» estaban ya designados con el nombre de «fracción antipartido», y eran Malen-

kov, Molotov y Kaganovich). La votación fue favorable a Krutchev: el grupo antipartido quedó disuelto, se renovó enteramente el Comité Central con la inclusión de los partidarios de la desalinización y de la coexistencia pacífica en el lugar de quienes la habían combatido...

Y Yukof comenzó a ser tan sospechoso para Krutchev como lo había sido para Stalin. En la crisis había demostrado su capacidad de poder. Fue entonces cuando Krutchev decidió desprenderse de Yukof. No habían transcurrido cuatro meses cuando Jorge Yukof, en tanto que ministro de Defensa, salía al extranjero en viaje oficial. Al regresar, se encontró el aeropuerto vacío, en lugar de las personalidades y los adornos y los honores militares que le esperaban en cada viaje. Ya no era nadie. Ni ministro, ni nada. Un acusado. En el Comité Central se pronunció la palabra «bonapartismo», que reunía otras frases similares: como político, era «incompetente»; como militar, «aventurero» (Stalin le había acusado de supersticioso: decía que antes de entrar en batalla, olía la tierra y si el olor le gustaba, lanzaba el ataque; si no, lo retrasaba). Ya no tenía «sentido de la modestia» y en realidad sus victorias las había conseguido el partido, la inspiración y la dirección del partido, y no sólo él... La opinión de los militares iba a ser la misma que la de los políticos. El mariscal Koniev publicó un artículo en el que decía que la historia era parcial y había reconocido las victorias de Yukof, pero no sus derrotas; que en Stalingrado no había hecho más que los otros mariscales que habían entrado en el combate y que la entrada en Berlín había sido favorecida por el sacrificio y el valor de otras tropas y no de las suyas que simplemente habían aprovechado la estrategia general.

Y así acabó Yukof. En Occidente se buscaron otras causas a su desgracia: que había querido ir demasiado lejos en la coexistencia, que había reprobado la acción en Hungría por parte de la URSS. En Occidente siempre se tiende a hacer bondadosos héroes de los soviéticos desplazados, y terribles opresores de los que ascienden al poder. La idea de que todos son de una misma madera y que entran en el juego de la política como en todas partes no ha sido nunca aceptada.

Yukof se eclipsó. A medias. Publicaba algún libro, algún artículo, sobre todo de memorias o de recuerdo de los grandes hombres de su tiempo. En realidad, estaba viviendo su segunda muerte civil, menos desagradable quizá que la primera que le había impuesto Stalin. Y en esta situación le ha llegado la tercera muerte, la real muerte física. ■ J. A.

AGRADECIMIENTO A JEAN WAHL

La muerte, a los ochenta y seis años, del metafísico francés Jean Wahl despertará probablemente poco eco en los medios filosóficos españoles. No era un hombre a la moda: ni se preocupaba por las diecisiete maneras lícitas de decir «páseme usted ese ladrillo», ni había descubierto ninguna relación entre la invención del molino hidráulico y el pensamiento aristocrático de Platón. Sus admirables estudios sobre el «Parménides» platónico, sobre la desdicha de la conciencia en Hegel, sobre Kierkegaard o Heidegger, corresponden más bien a una tradición intelectual que la impudicia de ciertos académicos ha contribuido a desterrar de entre nosotros. No fue Wahl uno de esos grandes creadores filosóficos que marcan una época y hacen escuela; empero fue, a mi juicio, un espléndido ejemplo de vocación filosófica, nunca segregada ni tampoco interferida por su honda raíz poética. Si la interrogación es la piedad del pensamiento, como quiso Heidegger, fue Wahl hombre pladoso en el más noble y libre sentido de la palabra. Su condición profundamente inasquatable, su incesante indagación dialéctica, le impidieron remansarse en ningún asidero definitivo y tranquilizador. Quisiera hacer su elogio como académico: su actividad docente en la Sorbona fue muestra irrevocable de que hay una forma de enseñanza que no es adoctrinamiento, de que el profesor puede ser ese seductor que quiso Nietzsche, no empeñado en proporcionar acumulativas certezas a sus oyentes, sino incitador entre ellos de la siempre arriesgada experiencia —cuando honrada— del pensamiento. En el prólogo de su «Introducción a la filosofía» (FCE) cuenta el caso del alumno a quien se le explicaron las paradojas de Zenón y su refutación según perenne doctrina: «Veo la solución —dijo la víctima—, pero no el problema». Wahl siempre se preocupó más del problema que socava la realidad vigente que del apresurado parche sistemático que reinstaura los derechos de lo establecido. No soy amigo de los tratados exhaustivos, pero compárese su «Tratado de Metafísica» (FCE) con el de González Álvarez, por ejemplo, y se comprenderá que un académico con talento no se va constreñido ni al tónico ni a la apología beata. Emociona repasar la copia de su curso fotolitografiado sobre «La lógica de Hegel como fenomenología», profesado en la Sorbona hace unos diez años: su energía al plantear el problema de la muerte, su rebelión contra Hegel, aun admitiendo que no lograba romper su tenaza infrangible, la viveza de su discusión con sus alumnos (uno de ellos era François Châtelet), etcétera... El rechazo de las soluciones definitivas y el gusto por las cuestiones directamente esenciales hacían de él un modelo de lo que una tradición universitaria crítica y liberal había llegado a posibilitar: también permitía vislumbrar la superación de ese mismo concepto universitario hacia formas aún más abiertas y menos estatales. Hallo una buena descripción de su estilo filosófico en el «Diccionario» de Ferrater Mora (¡aquí no duelen prendas!): «La filosofía no puede ser para Wahl una ciencia, por lo menos si entendemos ésta como un conjunto de problemas que poseen ciertos métodos y que son susceptibles de recibir ciertas soluciones. La filosofía es más bien un arte: el arte de poner en cuestión la realidad y el sujeto mismo que se pregunta por ella». Tal fue el inquieto distintivo de su ejercicio metafísico y dialéctico.

He encabezado esta necrología de urgencia con la palabra «agradecimiento»: si lo hasta aquí expuesto ya haría a Wahl merecedor de él por parte de quienes amamos la filosofía especulativa, un motivo específico y reciente le gana la gratitud de unos cuantos profesores españoles, entre quienes me cuento. Cuando varios miembros del departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma fuimos expulsados sin explicación ni aviso previo de nuestros puestos de trabajo, en una aparente alcaldada que la «apertura» hoy vigente no parece dispuesta a reparar, algunos profesionales de la filosofía parisinos trataron de movilizar en nuestro favor a destacadas figuras del pensamiento francés. Se redactó un conciso y respetuoso telegrama, que firmaron personalidades como Sartre, Foucault, Aubenque, Jankélévitch... dirigido al ministro de Educación y Ciencia. También se requirió su firma a Jean Wahl, ya recluido en su casa y víctima de la consunción final que dos años más tarde debería acabar con su vida. El filósofo vivía en un humildísimo piso, en medio de un desbarajuste de libros y papeles. Su memoria flaqueaba y veces, mezclando sombras y recuerdos: «L'Espagne! Ortega est-il mort?». Pero cuando se le explicó el caso de la Autónoma, su lucidez fue perfecta. Recordó cómo siempre se había enfrentado a las formas autoritarias de convivencia y de enseñanza. Habló de su hija de diecisiete años, detenida durante una manifestación en mayo del 68, a la que los CRS apalearon y violaron; de la admirable carta libertaria que escribió con ese motivo a «Le Monde», considerando en último término más respetuosos de esa Sorbona, a la que había servido durante toda su vida, a quienes la ocupaban que a los policías que la defendían. «Ou dois-je signer?». Y allí quedó, entre los otros nombres ilustres, el rasgo ancho, desvaído y trémulo, semejante a un gran insecto muerto de pesar. Gracias, Jean Wahl, por tu ininterrumpida lección de un pensamiento que es vida del espíritu, de ese espíritu cuya vida es libertad. ■ FERNANDO SAVATER.